

GONZALO BULNES: HISTORIADOR NACIONALISTA, POLÍTICO CIVILISTA*

Juan Luis Ossa Santa Cruz

Universidad Adolfo Ibáñez

Resumen: Este artículo analiza la vida y obra del historiador chileno Gonzalo Bulnes. En primer lugar, se presentan los principales datos biográficos de Bulnes, los cuales dan cuenta de la generación intelectual a la que perteneció. Luego se discuten algunos conceptos como “nacionalismo” y “positivismo” con el fin de comprender las principales corrientes historiográficas que influyeron el trabajo de Bulnes. Finalmente, se intenta diferenciar a Bulnes el historiador de Bulnes el político, argumentando que, aun cuando en su obra fue un obsecuente defensor del papel de los militares en la construcción de la república, en política defendió siempre la supremacía de los partidos políticos y la civilidad.

Palabras clave: Gonzalo Bulnes, militares, nacionalismo, positivismo, civiles, política.

Recibido: julio 2013; **aceptado:** agosto 2013.

JUAN LUIS OSSA SANTA CRUZ. Doctor en Historia Moderna, St Antony's College, Universidad de Oxford. Director Ejecutivo del Centro de Estudios de Historia Política de la Universidad Adolfo Ibáñez. Correo electrónico: juan.ossa@uai.cl.

* Versión extendida de la presentación el 23 de mayo de 2013 en el Centro de Estudios Públicos (N. de. E.).

GONZALO BULNES: NATIONALIST HISTORIAN, CIVIL-MINDED POLITICIAN

Abstract: *This article studies the life and work of Chilean historian Gonzalo Bulnes. First, it presents some of the most important aspects of Bulnes' biography, which account for the intellectual generation to which he belonged. Then, it discusses concepts like "nationalism" and "positivism" in order to understand the main historiographical trends that influenced his work. Finally, it tries to differentiate Bulnes the historian from Bulnes the politician, arguing that although in his work he supported the role of the military in the construction of the republic, in politics he always defended the supremacy of civilians and political parties.*

Keywords: *Gonzalo Bulnes, military, nationalism, positivism, civilians, politics.*

Received: July 2013; **accepted:** August 2013.

El año 2005 tuve el privilegio de publicar un artículo sobre la vida y obra de Gonzalo Bulnes, uno de los historiadores chilenos más destacados de la segunda mitad del siglo XIX y las primeras décadas del XX. En dicho trabajo analicé las corrientes intelectuales que ejercieron mayor influencia en su trabajo, ejemplificándolas mediante el estudio de una de sus obras: *Historia de la Campaña del Perú en 1838*¹.

En esta oportunidad quisiera retomar algunos aspectos de aquel artículo, aunque enfatizando otro tipo de conceptos. Luego de presentar algunos datos biográficos, intentaré demostrar que Bulnes fue influenciado por el positivismo historiográfico decimonónico, aquel que se construyó sobre los pilares del método "narrativo" de Andrés Bello y las interpretaciones "filosóficas" de José Victorino Lastarria. Veremos que, a pesar de las diferencias entre ambas vertientes historiográficas, Bulnes bebió de ambas escuelas: de Bello heredó el método *ad narrantum* al escribir sus principales obras. De Lastarria, en tanto, tomó una visión particularmente negativa del pasado español (y, por tanto, nacionalista). Además, en los escritos de Bulnes se aprecia —como en los del pensador liberal— una confianza ciega en el progreso material y

¹ Juan Luis Ossa, "Gonzalo Bulnes y su *Historia de la Campaña del Perú en 1838*", 2005, pp. 195-222.

político de Chile. Propongo, entonces, que pasado y futuro se fundieron en una escuela de pensamiento que tuvo en Bulnes a uno de sus mayores exponentes.

A continuación diré algo sobre la historia de la historiografía chilena y cómo ella puede ayudarnos a entender más cabalmente la obra de Bulnes. A fines del siglo XIX, el objeto de la historia era conocer la “verdad” de los hechos tal como supuestamente habían ocurrido. La influencia (directa o indirecta) de Leopold von Ranke era, pues, gravitante, tanto en Europa como en Chile. Sin duda, el hecho de que no existieran historiadores profesionales —esto es, que los historiadores no se dedicaran a tiempo completo al estudio del pasado— posibilitó el ingreso de las ideas de Ranke en un escenario intelectual como el chileno. El cuestionamiento a los planteamientos del alemán surgiría únicamente con el nacimiento de las primeras Escuelas de Historia en Chile, donde otras corrientes historiográficas, como la Escuela de los Annales, el marxismo anglosajón y el postmodernismo de los años ochenta, ejercerían un ascendiente cada vez más evidente. Bulnes, que murió en 1936, no alcanzó a empaparse de dichas influencias. Su trabajo fue más un pasatiempo que una profesión (al menos tal como entendemos a las profesiones en la actualidad), cuestión que, en todo caso, no resta mérito a la calidad de su obra.

Que Bulnes no haya sido un historiador profesional explica en parte por qué el hijo de Manuel Bulnes combinó su trabajo como historiador con una participación relativamente activa en el debate público. Este es el último punto de este artículo: el vínculo entre la historia y la política. Veremos que, aun cuando difícilmente puedan dividirse ambas actividades en compartimentos estancos, en más de una oportunidad Bulnes el político se posicionó en las antípodas de Bulnes el historiador. Lo anterior puede verse reflejado sobre todo en su impresión sobre cuál debía ser el papel de los militares en la política. Apologético en sus libros de la responsabilidad de los militares en la construcción de la república, Bulnes era un convencido político civilista. Para él, los militares debían subordinarse al poder civil y a la Constitución Política. Este es un punto interesante para comprender cuánto ha cambiado el estudio de la historia política en Chile, como también el papel público de los historiadores en la actualidad.

1. Gonzalo Bulnes y su tiempo

Gonzalo Bulnes Pinto, el menor de los hijos de Manuel Bulnes Prieto y Enriqueta Pinto Garmendía, nació el 19 de noviembre de 1851 en Santiago. Cuenta Ignacio Domeyko en sus memorias que el general Bulnes quedó sorprendido la primera vez que vio a la que se convertiría en su mujer. En una visita a la casa de Francisco Antonio Pinto, Bulnes fue recibido por su hija Enriqueta “con tal encanto (...) e inefable dignidad, que el vencedor [de Yungay] enmudeció, se sentó y salió al poco rato casi sin haber abierto la boca”². La anécdota de Domeyko da cuenta de la cercanía de la familia Pinto con los intelectuales más respetados de la época. Estando en Londres, Pinto había forjado una cercana amistad con Andrés Bello, con quien, según Joaquín Edwards Bello, había compartido penurias y pesares en la capital británica³. Pinto logró, además, que Mariano Egaña convenciera a Bello de venir a Chile en 1828, fecha a partir de la cual continuaron cultivando su amistad hasta el punto de que el chileno fue nombrado padrino de Luisa Isabel Bello, hija del venezolano⁴.

Ya en Chile, Bello sería el principal agente intelectual del régimen *pelucón*. Durante el gobierno de Manuel Bulnes, el venezolano inauguró formalmente la educación moderna en Chile, a través de la reformulación del Instituto Nacional y la fundación de la Universidad de Chile⁵. Aunque Manuel Bulnes fue ante todo un militar forjado en la guerra fronteriza contra los últimos remanentes realistas, se las arregló para cultivar su lado más académico. Durante esos años leyó las obras del Abate Molina y la *Historia del reinado de los Reyes Católicos*

² Ignacio Domeyko, *Mis Viajes*, 1978, tomo I, p. 511.

³ Véase el capítulo “Andrés Bello y los Pinto”, en Joaquín Edwards Bello, *Andando por Madrid y otras Páginas*, 1969.

⁴ Iván Jakšić, *Andrés Bello: La Pasión por el Orden*, 2001, p. 271. Tan recurrentes pasaron a ser las visitas de Bello a la familia Pinto en Chile que Gonzalo Bulnes solía escucharle a su madre que “casi cotidianamente llegaba don Andrés a la hora del café a casa, y cuando eso no sucedía se mandaba preguntar por él porque se creía que podía estar enfermo”. En Armando Donoso, *Recuerdos de Cincuenta Años*, 1947, p. 253.

⁵ Para el papel jugado por Bello en la construcción educacional de Chile véase Sol Serrano, *Universidad y Nación. Chile en el Siglo XIX*, 1994.

D. Fernando y Doña Isabel, de Prescott⁶. Sus hijos mayores, Wenceslao (que nació de una aventura en 1833) y Manuel, siguieron la carrera militar. Gonzalo, en tanto y por insistencia de su padre, se transformaría en el “escritor” de la familia⁷.

Poco tiempo antes de morir, Manuel Bulnes realizó un último gesto para lograr que su hijo menor se vinculara al mundo de las letras. En 1865 falleció Andrés Bello, dejando una imborrable marca de agradecimiento en el triunfador de Yungay. Cuando el cuerpo del sabio venezolano aún estaba siendo velado, el general decidió llevar a su hijo hasta su casa. Cuenta Gonzalo Bulnes que su padre lo condujo

Hasta la casa de don Andrés, desde el colegio, y tengo presente en mi memoria la casa donde vivía el sabio, en la calle Catedral, la pieza a la cual entramos, donde yacía el cuerpo inanimado. A los pies del lecho estaba arrodillada una señora, rezando fervorosamente, quien le tomó una mano al muerto y le dijo: Hasta luego, señor [...] Yo pregunté a mi padre, visiblemente emocionado, quién era la dama y él me respondió, que era doña Mercedes Marín del Solar. Al marcharnos de la casa de don Andrés, mi padre me agregó: Te he traído para que veas al señor Bello, aunque muerto, porque en tu vida te habrás de sentir honrado con haber estado cerca de él⁸.

En la década de 1860 Gonzalo Bulnes era estudiante de los Padres Franceses, luego de haber pasado por el colegio de Villarino. Después ingresó al Instituto Nacional, cuyo rector era Diego Barros Arana y quien, según Gonzalo Bulnes, “llegó a ser un hombre de conocimientos extraordinarios”⁹. Sin embargo, no todos los profesores

⁶ Gonzalo Bulnes nos entrega ciertos detalles de la preparación intelectual de Manuel Bulnes. Según él, su padre leyó, entre otros, al Abate Molina, por quien parecía tener una viva admiración: “habría dado —dice Gonzalo Bulnes— toda su vida militar por ser el autor de la *Historia de Chile*”; también a Prescott y su *Historia...* [1892] 2007, cuyo personaje principal, Gonzalo de Córdoba, “fue la causa de que me dieran el nombre con que me bautizaron”; finalmente, a Vicuña Mackenna y sus primeros trabajos sobre O’Higgins y Carrera, de los cuales fue crítico debido a las exageraciones cometidas por el autor al momento de relatar las batallas de la Independencia. En Armando Donoso, *Recuerdos*, 1947, pp. 254-255.

⁷ Raúl Marín, “Don Gonzalo Bulnes”, 1936, p. 9.

⁸ Armando Donoso, *Recuerdos*, 1947, pp. 255-256.

⁹ Iván Jaksic, *Andrés Bello: La Pasión por el Orden*, 2001, p. 262.

llenaron las expectativas del muchacho. Miguel Luis Amunátegui, por ejemplo, era profesor de literatura, y, muy a pesar de Bulnes, era diputado y ministro, lo que le dejaba “bien poco tiempo [...] para dedicarse a sus clases”¹⁰.

Por otra parte y probablemente supliendo la partida prematura de su padre, Gonzalo Bulnes creó un estrecho vínculo con su madre. Ella le dio los últimos toques a su educación, acompañándolo a Europa y subrayándole la importancia de la historia. En su primer viaje por el Viejo Continente, comenzado en 1871, Bulnes visitó París al momento de la formación de la República de Thiers; en España asistió a la proclamación de la Primera República, además de ver cómo el ejército carlista “moría defendiendo a Dios y al rey absoluto; es decir, la religión de la Inquisición y la monarquía de Fernando VII, todo lo contrario de la civilización”, una opinión que, como veremos, refleja el anti-españolismo que se apoderó de la mayoría de los intelectuales chilenos de la segunda mitad del XIX. Finalmente visitó Italia, cuando Víctor Manuel II abrió el Segundo Parlamento Italiano, y luego retornó a París, donde tomó cursos con Philarete Chasles y con Renan e inició una estrecha amistad con Juan Bautista Alberdi, quien “iba frecuentemente a casa de mi madre, en el Hotel del Louvre, donde vivíamos”¹¹. Su paso por Europa le sirvió, además, para publicar su primer artículo literario, en que defendió a Chile de una acusación suscrita por el Parlamento inglés luego de un incidente ocurrido con el naufragio de un vapor¹².

A su regreso a Chile en 1875, Bulnes comenzó su etapa historiográfica más productiva. Siguiendo a un pequeño artículo titulado “Causas de la guerra entre Chile y la Confederación Perú-Boliviana”, publicó en 1878 su primera gran obra: *Historia de la Campaña del Perú en 1838*¹³. En ella, Bulnes recogió las experiencias de chilenos, peruanos y bolivianos entre los años 1836-1839 en la disputa por la supremacía regional del Océano Pacífico.

En 1879, solo meses después de la publicación de su libro, su tío Aníbal Pinto debió dirigir, como presidente de la república, las campañas que el ejército chileno volvió a protagonizar contra las fuerzas uni-

¹⁰ *Ibidem*, 265.

¹¹ Los detalles de su primer viaje por Europa pueden encontrarse en Armando Donoso, *Recuerdos*, 1947, pp. 268-269.

¹² *Ibidem*, p. 270.

¹³ Gonzalo Bulnes, *Historia de La Campaña del Perú en 1838*, 1878.

das del Perú y Bolivia, ahora eso sí de manera mucho más sangrienta y prolongada. La Guerra del Pacífico conmovió al país durante cerca de cuatro años. El conflicto determinó el futuro político e historiográfico de Gonzalo Bulnes. En efecto, Pinto lo nombró jefe político y militar de Tarapacá, posición desde la cual Bulnes recopiló —a la usanza de Benjamín Vicuña Mackenna— una buena cantidad de documentos y anécdotas que, años más tarde, le permitirían escribir la historia más acabada de aquella guerra.

Entre 1887 y 1888, Bulnes publicó su segunda obra: *Historia de la Expedición Libertadora del Perú*¹⁴, la cual fue complementada nueve años más tarde con las *Últimas Campañas de la Independencia del Perú*¹⁵. En este tiempo se acercó a su tío Aníbal, quien lo había tomado bajo su velo protector una vez que su padre había fallecido. A raíz de esta amistad, Bulnes construyó un ideario político en que se mezclaba la firmeza *pelucona* —heredada de su padre— con el liberalismo oligárquico chileno. Esta simbiosis ideológica lo acercó al gobierno de Federico Santa María e incluso al de su sucesor, José Manuel Balmaceda. No obstante, a este último quitó su apoyo una vez que la clase política chilena comenzó a sentirse amenazada por el autoritarismo de la presidencia.

Después de derrocado Balmaceda e iniciado lo que se ha conocido como el Régimen Parlamentario, Gonzalo Bulnes tuvo diversos cargos públicos, entre ellos el de oficial mayor del Ministerio de Guerra de la Junta de Gobierno y, posteriormente, Ministro Plenipotenciario de Chile en Alemania e Italia¹⁶. Su segunda estadía en el Viejo Continente —que duró cinco años— la hizo acompañado de su mujer, Carmela Correa Sanfuentes. En Alemania, Bulnes contrató algunas de las misiones militares que por ese entonces vinieron a Chile con la tarea de instruir al Ejército¹⁷.

De vuelta en Chile, retomó la senda de la política, apoyando decididamente la candidatura de Federico Errázuriz Echaurren.

¹⁴ Gonzalo Bulnes, *Historia de la Expedición Libertadora del Perú*, 1887, 2 tomos.

¹⁵ Gonzalo Bulnes, *Últimas Campañas de la Independencia del Perú*, 1897. Un buen recuento de las obras de Gonzalo Bulnes se puede encontrar en Francisco Antonio Encina, “Don Gonzalo Bulnes y la Guerra del Pacífico”, 1955, p. 10.

¹⁶ Véase Armando Donoso, *Recuerdos*, 1947, pp. 279-280.

¹⁷ *Ibíd.*, pp. 280-282.

Para esos años, el parlamentarismo estaba en su cenit, mostrando el Congreso el *dilettantismo* tan criticado por Alberto Edwards en *La Fronda aristocrática*¹⁸. La subordinación del Ejecutivo permitía que la oligarquía desestimara las opiniones de los ministros y propiciara un ineficaz sistema de consensos. Esta política llevó finalmente a la magistratura principal del gobierno a hombres como Errázuriz, con el inusitado apoyo de conservadores, liberales y nacionales¹⁹. Con todo, Bulnes dejó de apoyar a Errázuriz cuando los conflictos limítrofes con Argentina obligaran a suscribir el Laudo de 1902, ya que el historiador se sintió molesto por la actitud del presidente al momento de solucionar el entredicho con los vecinos transandinos, que él calificaba como débil²⁰.

Ahora bien, a pesar de estos trances políticos, pareciera ser que Bulnes, por lo menos durante estos años, no se sintió verdaderamente cómodo representando a ningún gobierno. Aquello se debía probablemente, como dice Francisco Antonio Encina en el prólogo de *La Guerra del Pacífico*, a que Bulnes “nunca tuvo una decidida vocación política”²¹. O, como él mismo le confirmó a Armando Donoso: “no he querido ser ministro [en Chile] nunca. Le tengo una cordial distancia a toda la política”²². En esos años sus actividades públicas fueron bastante escuetas: fue diputado por Rancagua en 1901 y por Malleco en 1912, siendo reelegido para este último cargo en el periodo de 1918-1924²³. Lo anterior, empero, no fue óbice para que a fines de su vida tomara un papel político más activo.

¹⁸ Alberto Edwards, *La Fronda Aristocrática*, 1989.

¹⁹ Véase Francisco Antonio Encina, “Don Gonzalo Bulnes”, 1955, p. 8.

²⁰ Su posición frente al problema limítrofe con Argentina la clarificó en un folleto titulado “Chile y la Argentina: Un debate de 55 años”. *Ibidem*, p. 9.

²¹ *Ibidem*, p. 8.

²² Armando Donoso, *Recuerdos*, 1947, p. 283.

²³ Simon Collier y William F. Sater aseguran que en 1910 Gonzalo Bulnes estuvo cerca de convertirse en presidente de Chile, luego de que un grupo de militares lo ungiera como candidato a La Moneda. Según ellos, “la insatisfacción con la política militar de la República parlamentaria llevó a un grupo de oficiales a formar una Liga Militar secreta, que pretendía llevar a cabo un golpe de Estado para colocar en La Moneda al historiador Gonzalo Bulnes”. En Simon Collier y William F. Sater, *Historia de Chile, 1808-1994*, 1998, p. 189.

En 1915, uno de sus mejores amigos además de consuegro²⁴, Juan Luis Sanfuentes, asumió la presidencia de Chile. Su administración estuvo marcada por dos eventos: la promulgación de la Ley de Instrucción Primaria y la oposición del presidente a apoyar a los aliados en la Primera Guerra Mundial. En este último caso, Bulnes jugaría, como analizaremos más adelante, un papel clave. También jugaría un papel importante en la oposición a Arturo Alessandri Palma, la nueva estrella política que nacía al amparo de trabajadores, profesionales y burócratas estatales y que amenazaba quebrar el *statu quo* parlamentarista. Las elecciones de 1920 fueron un duro trance para el gobierno de Sanfuentes, pues el candidato del oficialismo, Luis Barros Borgoño, aunque en una estrecha elección, perdió ante la arremetida alessandrista.

La oposición de Gonzalo Bulnes a Alessandri puede comprobarse a través de su participación en los siguientes dos gobiernos. Designado en 1926 embajador en Argentina por Emiliano Figueroa, fue ratificado por quien fuera el rival más acérrimo de Alessandri, el militar y luego dictador Carlos Ibáñez del Campo. La relación de Bulnes con Ibáñez sufriría un vuelco inesperado en 1928, al negarse aquél a seguir representando un gobierno que, en su pensar, no respetaba la tradición civilista del país (más de esto en las siguientes secciones).

Esta última postura fue la que defendió al entrar la década de 1930. En 1932, Bulnes fue elegido como primer presidente del renovado Partido Liberal, formado por los antiguos partidos Liberal-Democrático, Liberal, Liberal-Doctrinario y Nacional. Cuenta Raúl Marín que Ladislao Errázuriz, a nombre de los liberales, le ofreció a Bulnes la primera dirección del Partido:

“Estoy seguro, don Gonzalo —le dijo el señor Errázuriz— que su patriotismo no resistirá la unificación y ha tenido el privilegio de ser aceptado de todos.” “Estoy viejo ya, Ladislao —contestó don Gonzalo— ya no sirvo para nada, pero si Ud. cree que aceptar esto es cuestión de patriotismo y que yo soy necesario, lo hago con gusto por el país, y por Ud. Ladislao, porque lo estimo mucho”²⁵.

²⁴ Francisco Bulnes Correa, hijo de Gonzalo, se casó en 1910 con Blanca Sanfuentes, hija de Juan Luis.

²⁵ Raúl Marín, “Don Gonzalo Bulnes”, 1936, p. 20.

En estos últimos años, su actividad intelectual se subordinó a su participación política. En 1927, siendo embajador en la Argentina, Bulnes había terminado de escribir su último libro: *Nacimiento de las Repúblicas Americanas*²⁶. Esta obra la había comenzado en 1922, año en que había llegado a la conclusión de que “la Independencia se produjo casi simultáneamente en todas partes y en la misma forma”²⁷. Este libro fue el preludio de un estudio sobre José Miguel Carrera, el cual, sin embargo, dejó inconcluso debido a su ancianidad. De hecho, el último tiempo Bulnes ya no podía escribir por sí mismo y debía dictar a un secretario que lo asistía.

Su última morada fue el quinto piso de un edificio en la calle Dieciocho número 45. Murió como católico practicante (rezaba el rosario todas las noches junto a su señora Carmela), aunque durante su primer viaje por Europa se había alejado de la Iglesia al ver la belicosidad de los curas carlistas. Murió el lunes 17 de agosto de 1936, a consecuencia de una bronconeumonía.

Sus funerales se llevaron a cabo el 19 de agosto con una misa en la Parroquia de San Lázaro, y fue enterrado en el Cementerio General²⁸. La opinión pública estuvo atenta al acontecimiento toda esa semana, a través de artículos de prensa y agradecimientos públicos. Como muestra de gratitud por sus actividades públicas e intelectuales, el presidente Arturo Alessandri (durante su segunda presidencia) promulgó un decreto en que ordenaba al Ejército rendir a Bulnes honores de general de división²⁹.

En su entierro se pronunciaron discursos desde todos los espectros de la política chilena. Los liberales, encabezados por Ruperto Murillo, dijeron: “para Bulnes comienza la vida imperecedera de la inmortalidad. Y nosotros, los liberales, se la entregamos, sin temer al juicio de la historia”³⁰. Los conservadores se unieron al sentimiento de tristeza que inundaba a sus pares liberales: “El duelo que aflige al Partido Liberal no es solo el duelo de una colectividad, es el duelo de la República porque ha caído uno de sus hijos que supo honrarla en el

²⁶ Gonzalo Bulnes, *Nacimiento de las Repúblicas Americanas*, 1927, 2 tomos.

²⁷ Armando Donoso, *Recuerdos*, 1947, p. 250.

²⁸ *El Mercurio* (Santiago), martes 18 de agosto de 1936.

²⁹ *Ibidem*.

³⁰ *El Mercurio* (Santiago), miércoles 19 de agosto de 1936.

interior y darle días de brillo con su vigoroso talento en el exterior”³¹. Finalmente, Miguel Cruchaga, en nombre de la Academia de la Historia, comentaba que Gonzalo Bulnes “quiso a la historia sobria y franca como sobrio y franco fue su corazón”³².

2. La historiografía de Gonzalo Bulnes: Nacionalismo, positivismo y parcialidad/imparcialidad

¿Puede encasillarse el trabajo de Bulnes en una corriente historiográfica determinada? ¿Fue Bulnes un historiador únicamente militar? ¿Cuál es el papel de la política en su obra? Para contestar estas preguntas me referiré, en primer lugar, a la preparación de Bulnes en los albores de su vida, cuestión que nos permitirá dilucidar cuáles fueron sus maestros y a quiénes respetaba como tales. En segundo lugar, diré algo sobre su método de investigación, sus fuentes y la forma en que estudiaba a sus personajes. Aquí me concentraré en los conceptos nacionalismo y positivismo y en el binomio parcialidad/imparcialidad.

a. Los primeros maestros

Según Gonzalo Bulnes, su gusto por la lectura lo debía a su tío Aníbal, siendo él quien le habría estimulado más seriamente el amor por las letras³³. También, y aunque era bastante menor que él, Bulnes hizo amistad con Benjamín Vicuña Mackenna, con quien compartió pensamientos políticos y temas historiográficos³⁴. Vicuña Mackenna se

³¹ *Ibíd.*

³² *El Mercurio* (Santiago), jueves 20 de agosto de 1936.

³³ Véase Armando Donoso, *Recuerdos*, 1947, p. 272.

³⁴ Su aprecio por Vicuña Mackenna se confirmó cuando le dedicó su obra *La Expedición Libertadora del Perú* a Victoria Subercaseaux, esposa de Benjamín. La dedicatoria dice así: “Señora: Permítame poner su nombre al frente de estas páginas. Es Ud. el reflejo vivo del hombre ilustre que ocupa un lugar prominente en nuestra historia contemporánea. Este libro le pertenece bajo muchos respectos. Él dio los niveles de la personalidad militar de San Martín, i casi me atrevería a decir que presentó a la República Arjentina al ilustre ausente que estaba condenado a la proscripción del olvido. Sea a la vez, señora, tributo de mi admiración al hombre esclarecido que lloran con Ud. la Patria i las letras nacionales”. En Gonzalo Bulnes, *Historia de la Expedición*, 1887, tomo I.

interesó en la vida de Manuel Bulnes, como también en la Guerra del Pacífico y la carrera política de Carrera. En una reunión entre Vicuña Mackenna y Gonzalo Bulnes, el consagrado escritor explicó al joven discípulo parte de su método de trabajo: “un día lo fui a ver [Bulnes a Vicuña Mackenna] y estaba yo con él cuando hizo referencia a un papel que guardaba en su escritorio. En él decía: Biografía de Manuel Bulnes. Entonces me contó que él escribía las biografías antes de que murieran sus personajes, lo cual explica su rapidez en el trabajo”³⁵.

En muchos aspectos, sin embargo, Bulnes consideraba que Vicuña Mackenna no era propiamente un historiador. Alababa su capacidad de penetrar en una situación a través de un documento, pero no consideraba que su trabajo fuera historiográficamente exacto. Con todo, creía que Vicuña poseía un talento innato para estudiar la “visión de los hombres”³⁶, y por ello respetaba y admiraba su trabajo:

Benjamín ha dejado muchos libros, que tendrán que vivir siempre: su *Vida de O'Higgins*: un folletito de gran mérito histórico, que se puede decir que fue la primera revelación histórica sobre San Martín, folleto publicado con motivo de su estatua; *La guerra a muerte*, libro lleno de colorido, sobre los hechos muy confusos, que él ha aclarado bastante; su *Portales*, que es uno de los mejores suyos. Hay bastante diferencia entre las primeras obras de Benjamín, que son muy buenas y las del final de su vida, que fueron escritas al correr de la pluma. Con ese talento de investigación que tenía, con su lenguaje tan galano, tan brillante, si en vez de escribir cuarenta tomos hubiera escrito seis u ocho, habría dejado una obra tan duradera como la de los más grandes historiadores³⁷.

De lo último podemos concluir que Gonzalo Bulnes prefería escribir poco y sobre materias que verdaderamente conocía. Vicuña Mackenna, por su parte, escribió, entre otras, sobre sicohistoria, historia costumbrista —¿vida privada?— e historia urbana, todas las cuales hicieron de su trabajo un ejemplo de interdisciplinariedad pero también de cierta inexactitud.

³⁵ Véase Armando Donoso, *Recuerdos*, 1947, p. 263.

³⁶ *Ibidem*.

³⁷ *Ibidem*, p. 264.

Gonzalo Bulnes también dio su opinión sobre los trabajos de Ramón Sotomayor Valdés, al que tenía por un gran erudito con una inteligencia asertiva y audaz. No obstante, consideraba que sus investigaciones no eran suficientemente acabadas, criticándole que solo se atuviera a las fuentes periodísticas para formular sus ideas en torno a un tema en específico. Según él, las obras de Sotomayor Valdés “están muy bien escritas, pero adolecen de falta de investigación. El gobierno de Prieto es un trasunto del *Araucano*. Se conoce que escribía teniendo el diario abierto sobre una mesa. Pero, siendo esa una fuente muy importante, hay otras que habría podido consultar con mucho provecho para su trabajo”³⁸.

Una opinión distinta tenía de Diego Barros Arana. Al autor de la *Historia General de Chile* lo consideraba un intelectual completo, que incluso había aprendido matemáticas y otras disciplinas con el fin de lograr una relación más estrecha con los estudiantes del Instituto Nacional³⁹. Según Ricardo Donoso, Barros Arana siguió “los consejos que poco ha había dado don Andrés Bello, desde las columnas del *Araucano*, sobre la manera de componer la historia (...) Es decir, se pronunciaba resueltamente sobre el método que denominaba *ad narrandum*”⁴⁰. Bulnes, al igual que Barros Arana, prefirió antes el documento que la interpretación, aunque no por ello se abstuvo de dar impresiones y juicios personales. Esto no era nuevo: Barros Arana y su generación habían crecido, es cierto, bajo el alero narrativo de Bello. Sin embargo, la polémica historiográfica entre el venezolano y Lastarria no había sido concluyentemente dominada por el primero. Una cosa era construir un relato a través del uso de los documentos y fuentes orales, pero otra muy distinta demostrar que dicha metodología era neutra en términos interpretativos. El positivismo historiográfico chileno de fines del siglo XIX era, por su origen y objeto, esencialmente interpretativo.

b. Historiador nacionalista y militar

La revolución de independencia fue el gran acontecimiento histórico que marcó a la generación de historiadores chilenos de la segunda mitad del siglo XIX. Ninguno de estos intelectuales combatió en los

³⁸ Armando Donoso, *Recuerdos*, 1947, p. 264.

³⁹ *Ibíd.*, p. 262.

⁴⁰ Citado en Cristián Gazmuri, *Tres Hombres, Tres Obras. Vicuña Mackenna, Barros Arana, Edwards Vives*, 2004, p. 72.

ejércitos independentistas, como sí lo hizo, por ejemplo, José Manuel Restrepo, el gran historiador colombiano. No obstante, todos ellos, desde Barros Arana hasta Bulnes, se criaron en un ambiente donde la revolución y el triunfo patriota fueron concebidos, respectivamente, como momentos de epifanía y como el resultado inevitable de la construcción de la nacionalidad. De ahí que la revolución comenzada en 1810 fuera generalmente concebida como una disputa entre dos naciones soberanas —“Chile” *versus* “España”— y que la victoria patriota se justificara en términos no tanto políticos como demográficos: los españoles —salvo contadas excepciones— no podían sino defender el proyecto monarquista, mientras que los criollos —salvo contadas excepciones— eran considerados referentes únicos del ideario americanista⁴¹.

La historiografía actual sobre las independencias ha venido, sin embargo, a cuestionar esta interpretación. En primer lugar, existe consenso en que las tropas de ambos ejércitos —el revolucionario o insurgente y el realista o monarquista— estaban conformadas por soldados y oficiales nacidos, o con una larga experiencia vital, en el continente americano⁴². Esta fue, en otras palabras, una guerra civil entre americanos, y en ello la incapacidad de la metrópoli de enviar refuerzos desde España a las zonas periféricas y económicamente menos rentables como Chile jugó un papel clave. Por otro lado, desde los estudios pioneros de Brian Hamnett y François-Xavier Guerra, se ha comenzado a cuestionar —quizás en Chile con menos fuerza— que la independencia fuera el punto de llegada de la nacionalidad⁴³. Más bien, los historiadores sostienen que aquélla fue el puntapié inicial de un proceso en constante construcción y que, por tanto, la nacionalidad chilena —y, en consecuencia, el estado republicano— no existía en 1810 como un proyecto político transversalmente legítimo. Hasta 1820, de hecho, la posibilidad de implementar en Chile un tipo de monarquía constitucional o de continuar vinculados administrativamente con el imperio español era relativamente viable.

⁴¹ He trabajado estos temas en mi tesis doctoral “Armies, Politics and Revolution. Chile, 1780-1826”, 2011.

⁴² Véase Juan Luis Ossa, “La Criollización de un Ejército Periférico. Chile, 1768-1810”, 2010, pp. 413-448.

⁴³ Brian Hamnett, *Revolución y Contrarrevolución en México y el Perú. Liberales, Realistas y Separatistas, 1800-1824*, 2011 (la primera edición es de 1976).

Pero tal como en la actualidad existe consenso entre los historiadores respecto a que la independencia no era el corolario inevitable de la revolución, a fines del siglo XIX había también consenso en que la historia era un vehículo constructor de la nacionalidad y que, en ese contexto, la “epopeya” separatista era una coyuntura crítica que no podía desaprovecharse. En el caso específico de Bulnes, su nacionalismo era tanto personal como interpretativo. Así, por ejemplo, en su primer libro encontramos una tenaz defensa al pasado “patriota” de su padre durante los años 1820, al tiempo que una crítica feroz a su abuelo, Manuel Bulnes Quevedo, por haber estado luchado al lado de los ejércitos realistas. La visión de Gonzalo Bulnes sobre su abuelo permeó a la historiografía chilena, hasta el punto de que Bulnes Quevedo continúa siendo un personaje menor en la historia de Chile, cuando lo cierto es que su papel negociador entre monarquistas, autonomistas y separatistas fue mucho más importante de lo que su nieto Gonzalo creyó⁴⁴. Por supuesto, la ceguera interpretativa de Gonzalo Bulnes no fue del todo culpa suya; era, más bien, una visión epocal que motejaba de traidores a los criollos realistas. El problema con esta interpretación es que asumía que la única causa justa era la independentista y que el monarquismo estaba destinado a perecer a manos de los “verdaderos” patriotas.

Según Simon Collier, el nacionalismo historiográfico de Bulnes se aprecia claramente en su *Guerra del Pacífico*, donde sobresalen el orgullo nacional y una visión positiva sobre el pasado y el progreso espiritual y material del país vencedor. Para confirmar esta hipótesis, el historiador inglés cita un interesante párrafo de la obra de Bulnes:

Lo que venció al Perú fue la superioridad de una raza i la superioridad de una historia: el orden contra el desorden; un país sin caudillos contra otro aquejado de este terrible mal. (...) El almirante francés Du Petit Thouars (...) no podía comprender el resultado. [Patricio] Lynch se ofreció para explicárselo. Se acercó a dos heridos peruanos (...), les preguntó separadamente: ¿I para qué tomó Ud. parte en estas batallas? Yo, le contestó el uno: ‘por don Nicolás’: el otro, ‘por don Miguel’. Don Nicolás era Piérola; don Miguel, el Coronel Iglesias. Dirigió después la misma pregunta a dos heridos del ejército chileno i ámbos le respondieron con profunda estra-

⁴⁴ Una excepción notable es Cristián Bulnes Ripamonti, *Los Auxiliares de Penco y su Capitán Manuel de Bulnes Quevedo*, 2012.

ñeza: Por mi Patria, mi jeneral! (...) Era eso lo que había vencido; *la superioridad de una historia sana i moral sobre otra convulsionada por los intereses personales*. No diré que era la única causa de la derrota, pero sí que tuvo parte en ella⁴⁵.

Collier identificó la postura de Bulnes con la interpretación liberal inglesa (*whig*) del pasado, más aún cuando la historia de Chile era “enfáticamente la historia del progreso, y progreso coronado por la gloria militar”⁴⁶.

En efecto, prácticamente todas las obras de Bulnes se concentran en las glorias militares chilenas. Ese es el caso de sus tres obras más conocidas: *Historia de la Campaña del Perú en 1838*, *La Guerra del Pacífico* e *Historia de la Expedición Libertadora del Perú*. Ya me he referido suficiente —y lo volveré a hacer más adelante— a las dos primeras, por lo que a continuación me detendré en esta última. Este trabajo es el resultado de una exhaustiva investigación sobre la responsabilidad que cupo al Estado de Chile en la creación del Ejército Libertador del Perú y en la posterior declaración de la Independencia del Perú en 1821. Recordemos que, luego de las batallas de Chacabuco (1817) y Maipú (1818), el objetivo principal del proyecto “americanista” de José de San Martín y Bernardo O’Higgins era emprender un ataque en Lima, considerado el centro de la contrarrevolución sudamericana. Para ello, se debía organizar un gran ejército con las tropas del Ejército de los Andes, del recientemente creado Ejército de Chile y de las fuerzas que, se esperaba, se unirían al proyecto separatista una vez que San Martín desembarcara en tierras peruanas⁴⁷.

Bulnes entrega detalles prolíficos sobre este proceso de organización militar, aunque su objetivo final va más allá. Para él, lo importante era enfatizar los conflictos políticos entre los distintos cuerpos militares del Ejército Libertador del Perú una vez que la independencia fue proclamada en Lima el 28 de julio de 1821. En su interpretación, la cual está fielmente documentada, se analiza el proceso por el que los

⁴⁵ La cita de Collier se encuentra en “The Historiography of the ‘Portalian’ Period (1830-1891) in Chile”, 1977, p. 668. El destacado es mío.

⁴⁶ *Ibidem*. El original en inglés dice: “their country’s history was emphatically the history of progress, and progress crowned by military glory”.

⁴⁷ Trabajé este tema en el capítulo sexto de mi tesis doctoral “Armies, Politics and Revolution”.

oficiales chilenos, encabezadas por Francisco Antonio Pinto, fueron progresivamente distanciándose de los oficiales rioplatenses, peruanos y colombianos (estos últimos habían hecho recientemente su ingreso a Lima liderados por Antonio José de Sucre) con el fin de representar —ya para 1824— un proyecto político más “chileno” y menos “americanista”. Detrás del análisis de Bulnes se encuentra una reflexión sobre la conformación soberana de los nuevos estados, toda una originalidad interpretativa si consideramos que una de las grandes propuestas historiográficas del siglo XX sostiene que el Estado chileno se forjó a partir de su vínculo con la guerra y los ejércitos. Nos referimos, claro está, a la tesis de Mario Góngora en su *Ensayo Histórico sobre la Noción de Estado en Chile en los Siglos XIX y XX*.

Los conceptos Estado y nación, entonces, se funden en el libro de Bulnes como si fueran homologables, aunque, como nos han enseñado la ciencia política y la sociología, no son necesariamente iguales. En palabras del historiador británico Alan Knight: “Estado y nación, mezclados en la práctica, son analíticamente distintos. Han habido muchos Estados sin base nacional (imperios, Estados-ciudad), y naciones potenciales sin Estado (los Kurdos y Catalanes, quizás los Maya, Aymara, Quechua y Mapuche)”. Sin embargo, más importante que resaltar el “error” de Bulnes, es destacar la existencia de su argumento, ya que demuestra que, para la generación de historiadores nacidos en las décadas inmediatamente posteriores a la “gesta independentista”, el Estado era el gran creador y organizador de la nación. De ahí el nacionalismo de muchos de los libros salidos a la luz de las memorias históricas de la Universidad de Chile⁴⁸.

c. Positivismo: parcialidad/imparcialidad

Las fuentes utilizadas por Bulnes eran, ante todo, escritas y *oficiales*: cartas, reglamentos, oficios y partes gubernamentales se incluyen en su arsenal documental. En *La Guerra del Pacífico* encontramos

⁴⁸ Según Mario Góngora, Gonzalo Bulnes fue uno de los últimos exponentes chilenos de la historiografía nacionalista chilena: “ese nacionalismo popular del siglo XIX —dice Góngora— lo compartían hacia 1900 ya escasos individuos. Un Joaquín Walker Martínez, un Marcial Martínez, un Gonzalo Bulnes, eran sus últimos exponentes”. En Mario Góngora, *Ensayo Histórico sobre la Noción de Estado en Chile en los Siglos XIX y XX*, 1981, p. 96.

papeles pertenecientes, entre otros, a Rafael Sotomayor, Cornelio Saavedra y Manuel Baquedano, como también al Senado, el cual “haciendo una excepción en mi favor, tomó el acuerdo de autorizarme para utilizar una colección de papeles secretos sobre la guerra”⁴⁹. En *Historia de la Campaña del Perú en 1838*, en tanto, resaltan la colección privada de cartas de Manuel Bulnes, un diario del coronel Placencia y uno que otro artículo de prensa.

En la mayoría de sus obras, Gonzalo Bulnes instruye al lector sobre los documentos, personajes y periodos de sus estudios. Al igual que sus maestros y condiscípulos, Bulnes fue un historiador *positivista*⁵⁰, esto es, siguió el argumento de Andrés Bello en cuanto a que el empirismo era el método más adecuado para comprender el pasado; la interpretación, se creía, era solamente secundaria. Los herederos del venezolano —Barros Arana, los hermanos Amunátegui y Vicuña Mackenna— defendieron con pasión aquella forma de historiografía, utilizando documentos oficiales por sobre otro tipo de fuentes. A las enseñanzas del venezolano se sumaron posteriormente las sacadas de los trabajos de Leopold von Ranke, para quien los historiadores tenían la responsabilidad de buscar la *verdad* de los hechos a través de los documentos: *los hechos tal cual fueron*, según el historiador alemán.

Es difícil afirmar que Bulnes haya leído a Ranke. Lo que sí puede comprobarse es que, al menos implícitamente, su posición historiográfica era parecida —acaso igual— a la del alemán. Refiriéndose a la obra de Barros Arana, Bulnes concluye: “el autor establece los hechos como pasaron, ajustándose con la mayor estrictez a la verdad y coordinándolos entre sí. [...] El cuadro de los sucesos políticos y militares se complementa con el examen de las obras literarias y del movimiento económico e industrial. Da un lugar considerable en sus prolijas investigaciones a los rasgos de la geografía nacional”⁵¹. Como Barros Arana, Bulnes empleó diversos conocimientos como la geografía, la economía e incluso la sicología, pero ellos aparecían siempre en función del documento, como complemento o apéndice de él. Consideraba que su traba-

⁴⁹ Gonzalo Bulnes, *La Guerra del Pacífico*, 1955, pp. 30-31.

⁵⁰ Mi definición de “positivismo” se circunscribe únicamente al ámbito historiográfico y no hace alusión a la “filosofía positivista”. Para un estudio sobre esta última corriente, véase Iván Jaksic, *Rebeldes Académicos. La Filosofía Chilena desde la Independencia hasta 1989*, 2013, capítulo II.

⁵¹ Gonzalo Bulnes, “Don Diego Barros Arana”, 1930, p. 22.

jo era aún más exacto que el de un fotógrafo, ya que este generalmente deja de lado los objetos que no se insertan dentro de la cámara; en cambio los historiadores los abarcan todos, incluso aquellos que a primera vista estaban vedados a la lente humana. En el prólogo de su estudio sobre la guerra de 1879 señaló que

El historiador y el fotógrafo pueden enfocar en la parte brillante del paisaje y presentar un cuadro impresionista de luz y colorido, suprimiendo los detalles que lo enlazan con la materialidad del terreno que retratan o de la época que recuerdan, pero la historia presentada en esta forma, no es enseñanza porque no es la *verdad*. He procurado enfocar la máquina sobre los hechos y los hombres *tales como fueron*, para que la posteridad comprenda los tropiezos que encontró en su marcha en 1879 el carro de la victoria, y así, si lo que Dios no quiera, el país vuelve a encontrarse en situación análoga pueda sacar de estos sucesos las lecciones que se desprenden de ellos⁵².

Su apego a la *verdad* documental era, como vemos, sistemático y a toda prueba. Presentando los hechos *tal como habían ocurrido* se seguía al pie de la letra la doctrina rankeana, es decir, la doctrina positiva, escrita y oficial. Además, otro de sus objetivos era aprender de la historia para no repetir los errores del pasado. En este proceso era Bulnes, como historiador, el llamado a jugar el papel principal, siendo un intérprete claro de su tiempo y adiestrado en el trabajo de archivo.

Pero ser un “intérprete” de su tiempo conllevaba ciertos peligros; o al menos ciertos cuestionamientos al método positivista y supuestamente objetivo de Bello y Ranke. Ya adelanté que la disputa entre Bello y Lastarria en torno a cómo debía investigarse y escribir la historia no dio por vencedor absoluto al primero. Bello triunfó en lo que decía relación con la importancia asignada a los documentos y al método narrativo. Sin embargo, ninguna de las historias publicadas en el siglo XIX fueron interpretativamente planas; el positivismo decimonónico chileno acarreaba en sus entrañas una visión positiva y nacionalista del pasado. Aquí es donde la pregunta por la parcialidad y la imparcialidad cobra sentido. ¿Podía Bulnes ser imparcial, tal como Bello sostenía? ¿No eran —no son— los historiadores agentes subjetivos y, por tanto, parciales?

⁵² Gonzalo Bulnes, *La Guerra del Pacífico*, 1955, p. 30. El destacado es mío.

Según el propio Bulnes, los historiadores sí podían ser imparciales. En *Historia de la Campaña*, por ejemplo, se preocupó de informar al público que, debido a su relación filial con el principal protagonista de la historia, había omitido aquellos comentarios que podían ser tachados de parciales, “poniendo de preferencia al lector en situación de sacar por sí mismo las deducciones que me eran vedadas”⁵³. No obstante, en este libro su búsqueda de la *verdad* quedó muchas veces subordinada a su parentesco con Manuel Bulnes y a su condición de chileno.

Esto es aún más evidente en relación con el régimen colonial y el periodo de la independencia. Al igual que Lastarria, la generación de Bulnes definió el pasado colonial como un periodo oscuro, despótico y reaccionario. La diferencia con Lastarria es que este sostenía que la “filosofía de la historia” —es decir, la interpretación— debía ir por delante de los documentos. El positivismo de Lastarria, en otras palabras, era más ideológico que historiográfico. Bulnes, por su parte, concebía el positivismo tanto historiográfica (de ahí su apego a los documentos) como ideológicamente (de ahí su confianza en el progreso material de Chile, sobre todo en relación con los países vecinos).

Ahora bien, con el paso del tiempo Bulnes fue madurando su forma de investigar y comenzó a aceptar, al menos implícitamente, que la historia no era tanto la búsqueda de la *verdad* cuanto la comprensión de fenómenos específicos en contextos de cambio y continuidad. Si comparamos, por ejemplo, las fuentes de *Historia de la Campaña del Perú en 1838* con las de *La Guerra del Pacífico* encontramos muchas similitudes, pero también un avance significativo en la forma de plantear la metodología. En esta última Bulnes ocupó fuentes novedosas y, se podría decir, más modernas: las orales. Mediante entrevistas con los sobrevivientes de la guerra, y aprovechando su cargo de jefe político y militar de Tarapacá, Bulnes recolectó confidencias, anécdotas y relatos que facilitaron su acercamiento al objeto histórico. Esto, más su instintivo apego a los documentos, hizo que su estudio estuviera tan bien investigado que los historiadores contemporáneos aún no han sido capaces de superarlo. “No hay en la historiografía chilena —concluye Encina— otra obra cuya documentación supere en abundancia y calidad a la de *La Guerra del Pacífico*, ni creo que la haya en la historiografía hispanoamericana”⁵⁴.

⁵³ Gonzalo Bulnes, *Historia de La Campaña*, 1878, p. VIII.

⁵⁴ Francisco Antonio Encina, “Don Gonzalo Bulnes y la Guerra del Pacífico”, 1955, p. 13.

Al final de su vida, sus perspectivas historiográficas lo vincularon con otro tipo de historia, más interdisciplinaria e interpretativa. Creemos, en efecto, que el ejemplo de Gonzalo Bulnes se encuentra en una suerte de dialéctica entre los historiadores decimonónicos —como Barros Arana— y los del siglo XX. Estos últimos, como profesionales de la historia, influenciaron los últimos trabajos de Bulnes, por lo menos en la forma de historiar el pasado. Así, pues, si en el siglo XIX Bulnes se posicionó entre Barros Arana y Vicuña Mackenna, en la nueva centuria logró un espacio entre los intelectuales que combinaron las diversas *ciencias del espíritu*, ocupando con mayor asiduidad la sociología, la economía e, incluso, la psicología.

Aunque no sabemos si leyó a Wilhelm Dilthey, es probable que haya estado al tanto de la revolución que significó la arremetida de las *ciencias del espíritu* y que, como historiador, haya adherido a los planteamientos del alemán. Dilthey señaló que las ciencias humanas debían estudiar las individualidades, apuntando a conocer el hecho histórico mismo. Según él, el hombre, al ser un sujeto cognoscente, está en la historia y, como tal, puede conocer el pasado de los personajes históricos: una vida conoce a otra vida. Al igual que Dilthey, Bulnes ocupó la metodología histórica como mecanismo comprensivo del ser humano. Para ello, conjugó su propia vivencia con la comprensión y esta con la representación o interpretación. Es decir, a partir de su experiencia o tiempo, Bulnes fue capaz de comprender a sus sujetos históricos y darles, desde ahí, un espacio interpretativo, sustrayéndolos del pasado y poniéndolos sobre la mesa del presente. Ese es, por ejemplo, el caso de *La Guerra del Pacífico*.

Gracias a esto, Bulnes se acercó a la historia de las ideas. En el *Nacimiento...* interpretó las ideas independentistas, consiguiendo con ello un cambio en su perspectiva historiográfica. Del apego decimonónico a Ranke, había pasado a ser un historiador del siglo XX, ayudado quizás por Dilthey pero sobre todo gracias a la tímida profesionalización de la historiografía chilena. Positivista hasta el final de sus días, Bulnes fue capaz, no obstante, de acercarse a otras corrientes de pensamiento y aceptar que los historiadores no son más que intermediarios subjetivos entre el ayer y el hoy.

3. Historia y política

A pesar del marcado carácter militar de la obra de Bulnes, en su actividad política fue siempre un defensor de la paz y de la supremacía civil sobre la militar. Hay algunos ejemplos que confirman ambas afirmaciones. Decíamos que durante el gobierno de Juan Luis Sanfuentes cupo a Bulnes un papel preponderante en la decisión de mantenerse neutrales en la Gran Guerra. En 1917, Sanfuentes recibió una visita del embajador de Estados Unidos, el cual lo instó a apoyar prontamente a los aliados. El presidente, sin embargo, no estaba seguro de que aquella fuera la mejor estrategia política, por lo cual, junto a su Consejo de Ministros, optó por la neutralidad. Las razones de Sanfuentes eran varias. Una de ellas decía relación con el inmenso gasto que significaría entrar en una guerra desconocida, perdiendo contratos económicos importantes con los países que no estaban del lado de los aliados. Como cuenta Gonzalo Bulnes, su amigo Sanfuentes tenía un criterio *financista* cuando miraba el asunto: “si nuestros aliados [sobre todo Estados Unidos] —decía Sanfuentes a Bulnes— nos piden algún aporte, tendremos que decirles que no tenemos nada. Somos pobres de solemnidad. No tenemos dinero, ni soldados, y si es el salitre: lo necesitamos imperiosamente para vivir”⁵⁵.

Sanfuentes buscaba crear una suerte de cofradía latinoamericana para desentenderse de los problemas de los aliados. Con ese fin, se contactó con el presidente argentino Hipólito Irigoyen, gracias a lo cual representantes de ambos gobiernos se reunieron con la intención de adoptar una política conjunta sobre el conflicto internacional. El encargado de visitar a Irigoyen fue Gonzalo Bulnes, quien se mostró a favor de la neutralidad. Ello se debía, probablemente, a que su corazón estaba más con Alemania que con los aliados⁵⁶, pero también porque consideraba que a Chile no le convenía intervenir en asuntos ajenos. Según él, entrometerse en la Gran Guerra era “autorizar a cualquier nación a inmiscuirse en la cuestión del Pacífico”, lo cual rompería “el derecho a resolver por noso-

⁵⁵ Raúl Marín, “Don Gonzalo Bulnes”, 1936, p. 14.

⁵⁶ Recordemos que Bulnes había sido Ministro Plenipotenciario en Alemania por cerca de cinco años, donde forjó grandes amistades, además de una gran admiración por el pueblo germano.

tros mismos nuestros asuntos, sin intervención de nadie”⁵⁷. La posición de Bulnes fue acogida por el mandatario argentino, quien le confirmó “su resolución inquebrantable de no declarar la guerra a Alemania”, además de demostrar deferencia hacia el agente chileno⁵⁸.

Pero más relevante que la participación de Bulnes en la decisión de mantenerse neutrales durante la Primera Guerra Mundial es su crítica a Carlos Ibáñez de Campo a fines de la década de 1920 por considerar que su gobierno no respetaba la tradición civilista del país. Recordemos que Bulnes fue confirmado como embajador en Argentina por Ibáñez y que, por tanto, su estadía en Buenos Aires se debió más a un interés por consolidar su relación con los argentinos que a una pretensión de representar a un gobierno determinado. Cuando Bulnes aceptó el cargo en Argentina lo hizo pensando que probablemente el gobierno de Figueroa traería paz y estabilidad a la política chilena, sobre todo luego de que una seguidilla de sucesos llevara al autoexilio de Alessandri y a la posterior promulgación de la Constitución de 1925.

En una carta a Ibáñez, fechada el 27 de abril de 1927 desde Buenos Aires, Bulnes manifestó su apoyo al nuevo presidente. Confirmando su intención de que el país iniciara una nueva etapa en la construcción

⁵⁷ Años después de estas actividades de política exterior, Bulnes reiteró a Armando Donoso su postura inicial: “Un país no puede entrar en una guerra sino por la defensa de sus intereses fundamentales, pero hacerlo por seguir a la nación tal o a la nación cual, porque son fuertes, me parece una bajeza, indigna de un pueblo libre. Las consecuencias usted las ve: ¿somos menos por no habernos metido en esa aventura? Es cierto que no tenemos derecho a ser convidados a la mesa del pellejo, como el Perú y Bolivia, en los banquetes de naciones de Europa, pero estoy seguro que ningún hombre, que comprenda lo que es el honor, encontrará que por eso nuestro país es menos; al contrario, digo yo: por eso nuestro país es más”. En Armando Donoso, *Recuerdos*, 1947, p. 284.

⁵⁸ La amistad entre Bulnes e Irigoyen se confirmó un año más tarde cuando el mandatario argentino visitó Chile con motivo del centenario de la Batalla de Maipú. En esta ocasión, Gonzalo Bulnes debía “representar a nuestro país en la inauguración del monumento a O’Higgins, pero el fondo de la misión era ratificar oficialmente el acuerdo de los dos Presidentes. Irigoyen, así también lo comprendió, y como la vez anterior que le había tratado, extralimitó sus deferencias para mí. Mi discurso que pronuncié en la inauguración del monumento de O’Higgins fue oído de pie por el Presidente argentino, y al referirme a la alianza chileno-argentina de 1817, el Presidente avanzó hacia mí y me abrazó estrechamente al terminar mi discurso”. En Raúl Marín, “Don Gonzalo Bulnes”, 1936, pp. 14-15.

del estado nacional, Bulnes aseguró un buen futuro al gobierno de los militares si estos respetaban el orden interno. Con su gobierno, señalaba a Ibáñez, “se abre una página en blanco en nuestra historia y Ud. es el encargado de llenarla. Ojalá sea con gloria para Ud. y para el país, que necesita ante todo orden, el cual será progreso en el interior y prestigio en el exterior”⁵⁹.

Su misión en Argentina estuvo en principio dedicada a que el gobierno de Marcelo Torcuato Alvear respetara los tratados referentes a Tacna y Arica, firmados con el Perú, además de estar atento a los conflictos entre paraguayos y bolivianos en el Chaco. Sin embargo, más temprano que tarde se restaría del gobierno de Ibáñez. El 3 de octubre de 1928 Bulnes abandonó el cargo de embajador, probablemente luego de ver el comportamiento dictatorial de Ibáñez y sus ministros⁶⁰. Para él, los militares debían ser los garantes de las fronteras internacionales y no partícipes de la política interna. Así, pues, si las actuaciones de los militares en 1927 habían sido de una u otra forma aceptadas por Bulnes, ya para 1928 y principios del año siguiente no lo eran tanto. Bulnes era preferentemente un liberal que respetaba la preponderancia de la civilidad.

Pocos años después, luego de la caída de Ibáñez, a Bulnes se le apareció una nueva oportunidad de criticar la participación de los militares en política; ahora, en favor del gobierno de Juan Esteban Montero, quien enfrentó en 1932 una sublevación de otro grupo de militares encabezado por Marmaduke Grove. El presidente Montero se vio en la necesidad de convocar a las grandes personalidades del país con el objetivo de encontrar una solución al problema generado

⁵⁹ Carta de Gonzalo Bulnes al presidente de la república Carlos Ibáñez del Campo. 11 de mayo de 1927. En Archivo Sergio Fernández Larraín, volumen 119 (Archivo Nacional de Chile).

⁶⁰ En un recorte de diario (del que lamentablemente no sabemos el nombre) encontrado en los papeles de Gonzalo Bulnes se halla un artículo (fechado el 20 de octubre de 1928) escrito por Galvarino Gallardo Nieto en que culpa a la dictadura de Ibáñez de la repentina renuncia de Bulnes a su cargo de embajador en Argentina. Dice: “La exclusión del Señor Bulnes, como embajador de Chile, fue un error de la dictadura y sobre todo intempestivo desacierto. [...] El régimen militar de Chile no tiene el tino necesario para comprender el daño derivado de la eliminación de los pocos funcionarios del servicio diplomático que habían venido, resignadamente, comprometiendo antiguos prestigios personales, al continuar como representantes de un gobierno desprovisto de respetabilidad intrínseca”. *Ibidem*.

por la intervención de los militares. En aquella reunión, Gonzalo Bulnes confirmó los postulados que había ido forjando a lo largo de toda su vida y que habían agarrado fuerza después de desligarse del gobierno de Ibáñez:

Las Fuerzas Armadas ya no solo atentan contra el orden constitucional, sino contra la existencia misma de la República! A pesar de mis años no tengo experiencia en estas cosas. Estos motines no eran conocidos en mis tiempos. Los soldados de Chile a cuyo recuerdo consagré mi pluma de escritor, solo combatían contra el enemigo extranjero... Me imagino que lo que debe hacer el Presidente es oponer la firme resistencia de los civiles ante la inminencia militar. Agotar todos los recursos y medios posibles y seguir en el gobierno por el periodo por el cual fue elegido por el pueblo⁶¹.

Las palabras de Bulnes, sin embargo, no dieron fruto. El presidente Montero debió renunciar, permitiendo el ascenso de Grove y la posterior República Socialista. Luego de caída esta, empero, la coalición liberal logró conducir a Arturo Alessandri a su segunda presidencia. Bulnes, como hombre de partido, apoyó a Alessandri, quien, para esos años, era una persona distinta, mucho más cercana a las elites que a la “chusma querida” que lo había llevado al poder en 1920.

La posición civilista de Bulnes en los debates públicos en los que le tocó participar nos permite adelantar algunas conclusiones sobre su obra historiográfica. Además, a través de ella podemos dar cuenta de las formas en que ha cambiado el papel político de los historiadores desde principios del siglo XX hasta nuestros días. Vimos que Bulnes fue un historiador inminentemente militar y político, aunque su vocación historiográfica tendía a doblegarse ante su quehacer ideológicamente comprometido; en este caso, al nacionalismo. ¿Cuán sorprendente es esto? A juzgar por lo que hemos visto en estas páginas, la generación de Bulnes —como también la inmediatamente anterior— entendía a la historia como una ciencia objetiva —de ahí su apego a la *verdad*—, pero en la práctica su parcialidad política era evidente. ¿Fue Bulnes por esto un historiador menos *creíble*? Como nos ha enseñado la historia de la historiografía en las últimas décadas, el conocimiento del pasado es

⁶¹ Raúl Marín, “Don Gonzalo Bulnes”, 1936, p. 21.

por naturaleza y objeto una disciplina subjetiva, por lo que difícilmente pueda argumentarse que Bulnes haya sido menos creíble que, por ejemplo, los historiadores europeos y norteamericanos de su tiempo.

Esto nos lleva a la pregunta de cuán semejantes y diferentes son el “hacer política” y el escribir sobre “historia política”. Hacer política y escribir sobre historia política no son actividades completamente disímiles, aunque existen algunas diferencias importantes de ser recalçadas. Un historiador es igualmente ciudadano que un filósofo, un periodista o un profesor secundario. En esa calidad puede —quizás deba— juzgar cuando lo estime conveniente. Al participar de debates públicos no podemos, no debemos, escudarnos en nuestra disciplina, como si ella fuera más *verdadera* que otras ramas de las ciencias sociales. Ahora bien, si como ciudadanos juzgamos, como historiadores debemos intentar comprender. Y los historiadores “políticos” no son una excepción.

Aquí vale la pena recordar que, por un largo tiempo, la “historia política” fue relegada a un segundo plano luego de que se creyera que el “triumfo” durante la década de 1930 del estructuralismo, la historia económica y los estudios sociales —inspirados, unos más unos menos, en la Escuela de los Annales— había destronado de una vez y para siempre a la historia política. Aunque exagerada, dicha impresión tenía ciertos visos de plausibilidad, en cuanto la historia política, tal como se concibió durante el siglo XIX y parte del XX —con su enfoque puesto en la diplomacia, los grandes eventos protagonizados por pequeñas elites y en la creación heroica de los Estados-nacionales (la historiografía de Bulnes es un buen ejemplo de ello)—, perdió no solo vigencia sino importancia entre los académicos a ambos lados del Atlántico.

Las cosas comenzaron a cambiar en los 1960 y 1970. Una característica de los cultores actuales de la historia política es que dan cuenta de la heterogeneidad de intereses al interior de países, sociedades, comunidades y vecindarios, enfatizando así la importancia de los estudios de caso. Lo anterior ha permitido ver a los grupos que se relacionan con el poder no como compartimentos monolíticos y homogéneos, sino como conjuntos formados por individuos con distintas aspiraciones y objetivos. Además, esta visión ha ampliado lo que, en general, se entiende por “cultura política”: de una visión unívoca del concepto de “cultura” se ha pasado, como bien ha dicho Alan Knight en un artículo reciente, a una visión plural del mismo. Tal como no se puede hablar de

la existencia de una “cultura democrática” en un país donde la estabilidad política depende del uso de la fuerza, tampoco es posible definir lo “chileno” (o lo “porteño”, “penquista”, “valdiviano” y “chilote”) con categorías singulares y totalizadoras que no consideren la heterogeneidad de intereses y las distintas formas de identidad⁶².

Pero la historia política en el presente no solo da cuenta de la relación entre individuos y comunidades con fines disímiles y el poder; también pretende recuperar el valor del evento histórico, diluido a lo largo del siglo XX a manos de las estructuras y los modelos teóricos. En el caso latinoamericano, aquella recuperación del evento histórico se dio en un contexto de “reconstrucción política” luego de las dictaduras militares de los años setenta y ochenta. Así, por ejemplo, los estudios de historia electoral publicados desde hace tres décadas conectan el ejercicio de participación electoral con las raíces democráticas del continente⁶³. Desde entonces, la pregunta que preocupa a los historiadores no es si las elecciones decimonónicas eran más o menos participativas, más o menos corruptas, sino demostrar que la historia electoral es mucho más que la sumatoria final de votos. Como ha dicho Samuel Valenzuela, “las elecciones no solo preocupaban a quienes votaban; las personas no inscritas como votantes, incluyendo a muchas mujeres, también participaban en el proceso, intentando asegurar que se llevaran a cabo imparcialmente, protegiendo las urnas de interferencias fraudulentas, celebrando las victorias de los candidatos o lamentando su derrota, haciendo propaganda en su favor, o escribiendo en la prensa partidista a favor o en contra de candidatos específicos”⁶⁴.

El objetivo ha sido, en ese sentido, dar a conocer el pasado político no tanto desde una mirada localista, sino comparativa; no tanto presentando explicaciones monolíticas, sino multicausales; no tanto comprendiendo a la política desde una óptica mecanicista e institucional, sino estudiando a quienes ejecutan la administración y están detrás del poder. Así, y tal como nos dicen los nuevos estudios sobre el Estado, el análisis del papel de los burócratas y otros agentes estatales per-

⁶² Alan Knight, “¿Vale la Pena Reflexionar sobre la Cultura Política?”, 2007.

⁶³ Guillermo Palacios, “Introducción: Entre una ‘Nueva Historia’ y una ‘Nueva Historiografía’ para la Historia Política de América Latina en el Siglo XX”, 2007, p. 15.

⁶⁴ J. Samuel Valenzuela, “Hacia la Formación de Instituciones Democráticas: Prácticas Electorales en Chile durante el Siglo XIX”, 1997, p. 220.

mite historiar políticamente a aquellos que, en la mayoría de las veces, no aparecen en las historias políticas tradicionales. En palabras de Annick Lempérière, “sabemos que ‘el Estado’ no actúa, el Estado no recoge impuestos, no recluta soldados y sabemos que ‘la administración de justicia’ no es la que administra la justicia. Son hombres muy concretos los que desempeñan todas estas funciones del Estado”⁶⁵. Algo similar podría decirse de la historia de las ideas políticas: las ideas no flotan en el aire; por el contrario, reflejan intereses concretos de personas de carne y hueso⁶⁶.

“Hacer política” y escribir sobre “historia política” no es, pues, lo mismo. Ninguna es mejor que la otra. Son simplemente dos formas de conocimiento que perfectamente pueden ser ejecutadas por la misma persona. Aquí es donde quizás estribe la mayor diferencia entre la generación de Bulnes y la actual. Sin duda, en sus actividades políticas Bulnes no tenía —como los historiadores en la actualidad— mayor problema en emitir juicios de valor. No obstante, algo similar puede decirse de muchos de sus estudios historiográficos, donde se encuentran explicaciones maniqueas (el “español” o el “peruano” eran lo *malo*, el “patriota” o el “chileno” lo *bueno*) que, en vez de explicar, tendían a oscurecer el conocimiento del pasado. Esto no quiere decir que nuestra forma de hacer historia sea *mejor* que la de Bello, Lastarria, Vicuña Mackenna o Bulnes. Más bien, nos habla de cuánto ha cambiado la historiografía chilena desde que las universidades se abocaran de lleno a la profesionalización de las Escuelas de Historia.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Bulnes Ripamonti, Cristián. *Los Auxiliares de Penco y su Capitán Manuel de Bulnes Quevedo*. Ograma Impresores, 2012.
- Bulnes, Gonzalo. *Historia de La Campaña del Perú en 1838*. Santiago: Imprenta de Los Tiempos, 1878.
- . *Historia de la Expedición Libertadora del Perú*. Santiago: Rafael Jover Editor, 1887, 2 tomos.

⁶⁵ Annick Lempérière, “La Historiografía del Esto en Hispanoamérica. Algunas Reflexiones”, 2007, p. 55.

⁶⁶ Algunas de estas reflexiones las presenté en la inauguración del Centro de Estudios de Historia Política de la Universidad Adolfo Ibáñez, en septiembre de 2012.

- . *Últimas Campañas de la Independencia del Perú*. Santiago: Imprenta y Encuadernación Barcelona, 1897.
- . *Nacimiento de las Repúblicas Americanas*. Buenos Aires: Librería “La Facultad” Juan Roldán y Cía., 1927, 2 tomos.
- . “Don Diego Barros Arana”. En *Homenaje de la Sociedad de Historia y Geografía a la Memoria de D. Diego Barros Arana*. Santiago, Imprenta Cervantes, 1930.
- . *La Guerra del Pacífico*. Santiago: Editorial del Pacífico, 1955.
- Collier, Simon. “The Historiography of the ‘Portalian’ Period (1830-1891) in Chile”. *Hispanic American Historical Review*, Vol. 57, N° 4, 1977.
- Collier, Simon y William F. Sater. *Historia de Chile, 1808-1994*. Madrid: Cambridge University Press, 1998.
- Domeyko, Ignacio. *Mis Viajes*. Santiago: Ediciones de la Universidad de Chile, 1978, Tomo I.
- Donoso, Armando. *Recuerdos de Cincuenta Años*. Santiago: Editorial Nascimento, 1947.
- Donoso, Ricardo. *Barros Arana, Educador, Historiador y Hombre Público*. Santiago: Ediciones de la Universidad de Chile, 1931.
- Edwards Bello, Joaquín. *Andando por Madrid y otras Páginas*. Santiago: Editorial Andrés Bello, 1969.
- Edwards, Alberto. *La Fronda Aristocrática*. Santiago: Editorial Universitaria, 1989.
- Encina, Francisco Antonio. “Don Gonzalo Bulnes y la Guerra del Pacífico”. En Gonzalo Bulnes, *La Guerra del Pacífico*, Santiago: Editorial del Pacífico, 1955.
- Gazmuri, Cristián. *Tres Hombres, Tres Obras. Vicuña Mackenna, Barros Arana, Edwards Vives*. Santiago: Editorial Sudamericana/Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2004.
- Góngora, Mario. *Ensayo Histórico sobre la Noción de Estado en Chile en los Siglos XIX y XX*. Santiago: Ediciones La Ciudad, 1981.
- Hamnett, Brian. *Revolución y Contrarrevolución en México y el Perú. Liberales, Realistas y Separatistas, 1800-1824*. México D. F.: Fondo de Cultura Económica, 2011.
- Jaksic, Iván. *Andrés Bello: La Pasión por el Orden*. Santiago: Editorial Universitaria, 2001.
- . *Rebeldes Académicos. La Filosofía Chilena desde la Independencia hasta 1989*. Santiago: Ediciones Universidad Diego Portales, 2013.
- Knight, Alan. “¿Vale la Pena Reflexionar sobre la Cultura Política?”. En Cristóbal Aljovín de Losada y Nils Jacobsen (editores), *Cultura Política en los Andes*. Lima: Fondo Editorial UNMSM, 2007.
- Lempérière, Annick. “La Historiografía del Esto en Hispanoamérica. Algunas Reflexiones”. En Guillermo Palacios (coordinador), *Ensayos sobre la Nueva Historia Política de América Latina, Siglo XIX*. México D. F.: El Colegio de México, 2007.
- Marín, Raúl. “Don Gonzalo Bulnes”. *Revista Chilena de Historia y Geografía*, diciembre 1936, Santiago de Chile.

- Ossa, Juan Luis. "Gonzalo Bulnes y su *Historia de la Campaña del Perú en 1838*". En Nicolás Cruz e Iván Jaksic (coordinadores), *Seminario Simon Collier 2005*. Instituto de Historia de la Universidad Católica de Chile, Santiago, 2005.
- . "La Criollización de un Ejército Periférico. Chile, 1768-1810". *Historia*, Vol. II, N° 43, Pontificia Universidad Católica de Chile, 2010.
- . "Armies, Politics and Revolution. Chile, 1780-1826". Tesis doctoral, St Antony's College, Universidad de Oxford, 2011.
- Palacios, Guillermo. "Introducción: Entre una 'Nueva Historia' y una 'Nueva Historiografía' para la Historia Política de América Latina en el Siglo XX". En Guillermo Palacios (coordinador), *Ensayos sobre la Nueva Historia Política de América Latina, Siglo XIX*. México D. F.: El Colegio de México, 2007.
- Prescott, William H. *Historia de Fernando e Isabel, Los Reyes Católicos*, 1892. Traducción del castellano de Juan Manuel Arias. Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2007.
- Serrano, Sol. *Universidad y Nación. Chile en el Siglo XIX*. Santiago: Editorial Universitaria, 1994.
- Valenzuela, J. Samuel. "Hacia la Formación de Instituciones Democráticas: Prácticas Electorales en Chile durante el Siglo XIX". *Estudios Públicos*, N° 66, Santiago, 1997. □